

# La experiencia

*por*

*Jorge Edwards*

Hace ya alrededor de veinte años —yo estaba en plena adolescencia—, un argentino que veraneaba en Chile, grafólogo aficionado, me examinó la caligrafía. “Todos sus proyectos van a fracasar”, me anunció el argentino; “usted se creará instalado, creará que su vida adquiere un rumbo definitivo, y de repente, un suceso imprevisto echará todo por la borda. Comenzará de nuevo, creyendo que la vida que inicia es de veras la definitiva, y volverá a cambiar. Y así sucesivamente. A través de su letra, lo único que permanece. . .” Aquí vaciló, y acabó por dejar la frase trunca.

El argentino tomaba la grafología en serio; decía estas cosas con aire grave, mirándome intensamente a los ojos. Su seriedad me causó risa, pero él no cambió de actitud, como si. . . Recuerdo que no se despintaba de un escapulario enorme, ni siquiera para capear las olas. Más tarde supimos (el grupo que se reunía en esa playa y que se atropellaba por hacerse ver la letra), que era aficionado a las ciencias ocultas; supimos, también, que había llegado a desempeñar un alto cargo en el régimen peronista. Algunos dijeron que robó con ganas y que por eso no puede regresar a su país. Entiendo que vive en un rincón de Estados Unidos, dedicado seguramente a la magia, a las religiones esotéricas, y a gozar de sus rentas. Pero hace años que no me dan noticias suyas.

Evoqué las predicciones del argentino a propósito de los últimos acontecimientos. A pesar de las discusiones, de las recriminaciones constantes, de la exasperación que se renovaba cada día, con

los pretextos más variados, la idea de que mi matrimonio con Judith pudiera terminar no me entraba en la cabeza. Y sin embargo, terminó, se destrozó sin remedio, como tantas otras situaciones más: el noviazgo con Eliana Sánchez, la amistad con Tulio, mi cátedra de historia de la música (en esa época creí descubrir razones poderosas para abandonarla, pero hoy, a la distancia, las razones desaparecen, lo único visible es la inestabilidad, la insatisfacción devoradora), mi propósito de escribir una obra de teatro. . . No andaba tan errado el argentino.

Después de tantos cambios, he llegado a vivir solo en una pensión. Tengo un dormitorio destartado; el papel de las paredes está lleno de manchas de humedad. Hay un sillón con los resortes a la vista, que la dueña me prometió arreglar cuando tomé la pieza. No creo que lo arregle nunca. Dos sillas, de las cuales una tiene el mimbre roto. Una mesa grande, fea, bastante cómoda; ahí se acumulan papeles, diarios, libros, tazas con restos de café y colillas de cigarrillos. Es necesario apoyar la lámpara del velador contra la pared para que no se desplome. Pero la cama no es mala, el dormitorio es amplio y las dos ventanas dan a una placita de barrio que me gusta.

Cuando partí del departamento de Judith, mi madre me dijo que podía volver a vivir con ella, como antes de casarme. No quise aceptar. He llegado a la conclusión de que me gusta vivir solo; es la única vida que me gusta. Reconozco que tengo espíritu de solterón. Leo mis libros, reviso mis papeles viejos, preparo mis tazas de café en el anafe a gas y contemplo la placita durante horas. Mis gastos no son muchos, y eso me da independencia. Judith es dueña de una parcela que produce naranjas y limones y no ha pretendido pedirme plata. Con mi trabajo de secretario de actas en una corporación de comercio y algunas clases particulares, me basta y me sobra. Antes, la pereza de mis alumnos me enloquecía, su estupidez me hacía salir de quicio: son muchachos atrasados en sus cursos regulares y mi papel es evitar a toda costa, por

cualquier medio, que pierdan el año. Ahora último he desarrollado la paciencia, y cierto método: cuando no entienden las explicaciones, no insisto; los obligo a repetir como autómatas las materias más socorridas en los exámenes; algo les queda, y yo no me hago mala sangre. Con este sistema, y una palabrita al oído de los examinadores —en especial si los alumnos son hijos de personas influyentes—, he conseguido resultados bastante satisfactorios.

No; a casa de mi madre no vuelvo ni amarrado. En un comienzo todo andaría bien; todo sería tolerancia, respeto mutuo, platos especiales, entradas al cine, delicadezas de la más diversa especie. Y más tarde, con la costumbre, se reanudan las intromisiones, las disputas: que por qué no tomo un puesto en un colegio, que por qué no trabajo para alguna firma norteamericana, con mi dominio del inglés, que tanto café me hace mal, que mis amigos son unos trasnochadores, unos inútiles, y más encima resentidos. . . ¡Nada! De aquí ya no me mueve nadie. Tengo espíritu de solterón, ¡conforme! El caso es que esta vida me gusta. La plaza. Los libros. Los papeles que desentierro del fondo de las maletas. Las viejas fotografías. Dar en las noches un paseo por los boliches del centro, sin que al regreso se apague una luz en la pieza de mi madre, en un acto de acusación muda; conversar una modesta botella de vino con Escipión, con Peralta, con el Tigre Mundano (¡quién le habrá puesto ese apodo!). No faltará más adelante alguna muchacha que venga a visitarme a la pensión: alguna pedagoga joven, llegada de provincia. . . ¡Qué más se puede pedir! Las predicciones del argentino valían para una etapa definitivamente superada. Se necesitó la crisis de los últimos dos años, la ruptura. Pero todo eso pasó a la historia. No había razón, pensándolo bien, para que la inestabilidad, el desequilibrio. . . La madurez, infaliblemente. . .

La placita tiene sólo seis bancos, cuatro árboles polvorientos y unos pocos arbustos. El inconveniente de la pensión es el olor a comida; pero uno se acostumbra. La dueña es una gorda con bigotes, de mirada más bien inamistosa. Su marido, un español viejo

y enfermo, apenas sale de la pieza. Detrás de mi habitación hay un pequeño patio con un gallinero: ocho o diez gallinas y un gallo medio desplumado, de malas pulgas, con ojos duros, sanguinolentos. Alrededor de las seis de la tarde, me divierte observar cómo se acomodan en sus travesaños para dormir. Edelmira, la empleada más joven, que parece tonta de remate, se asoma en la puerta de la cocina y bota al patio el agua con lejía de una batea. La dueña sale y marcha a los dormitorios, haciendo sonar un manajo de llaves. No se digna darse por aludida de mi presencia. Años atrás esto me habría molestado; ahora me importa un rábano. Superé los problemas de susceptibilidad, que engendraban una proliferación de sufrimientos estériles.

Mi madre me volvió a pedir que vaya a vivir con ella. Me dio toda clase de argumentos. Al principio, la discusión fue muy tranquila y sensata; poco a poco se agrió, hasta desembocar en una escena de las peores. Acusaciones de ingratitud entrecortadas de llanto histérico. Le dije que eso no era amor maternal sino egoísmo puro; que si continuaba, no pondría más los pies en su casa. Ahí fue el acabóse. Jamás hubiera imaginado su reacción. Me lanzó un cojín por la cabeza; menos mal que salté a tiempo para sostener una lámpara de opalina, que recibió el golpe. Después me quiso echar a empujones y puñetazos. Tuve que sujetarla de las manos, sentarla a la fuerza y llamar a la empleada para que le diera un calmante. Bebió el remedio sollozando, con gran desconsuelo, y me dijo que en los últimos tiempos se había sentido muy sola, que para una mujer de sus años lo peor era la soledad, que un nieto le habría alegrado la existencia, pero ahora... Obligado a acompañarla hasta la medianoche. Mi impaciencia por salir de esa casa nunca había sido tan grande. Quedaba un resto de oportó y lo consumí entero. "Para otra vez téngame un trago más seco", le dije; "vino, aunque sea". Asintió con cara de mater

dolorosa. Pero yo no estaba dispuesto a dejarme impresionar; frente a su estrategia me sentía lúcido, y eso me daba fuerza.

Hablamos de las elecciones de diputados, de los impuestos, de mi pensión. "Después de quince días, he podido comprobar que tiene dos inconvenientes: el olor a comida y el gallo".

"¿El gallo?"

"Sí; me despierta todos los días como a las cinco de la mañana".

"Bueno", dijo ella, mirando al suelo con expresión de amargura; "no te voy a insistir. Tú sabes perfectamente lo que haces".

Previendo una nueva racha, me puse de pie. Dije que al otro día trabajaba temprano. La besé en la frente y en las mejillas y le di unas palmaditas cariñosas.

"¿Vienes mañana?"

"No sé. Creo que pasado mañana". La observé tragar su amargura con estoicismo. "Si me desocupo temprano", mentí, "vengo un instante".

"Ven a comer", dijo ella.

"No sé. Prefiero no comprometerme".

En la calle advertí que no me sentía bien; el oporto y el mal rato me habían echado a perder el estómago. Encontré a Peralta en el café Iris y le hablé de mi madre: me daba pena su soledad, pero yo no podía hacer mucho por ayudarla. Peralta me sorprendió con una prédica moralizadora sobre los deberes filiales. Esa vena no se la conocía. La prédica no impidió, por lo demás, que despacháramos dos botellas de tinto. Hacia la una y media de la madrugada se nos unió un turno bastante antipático, amigo de Peralta. Pedimos pan, un pebre y otra botella. El turno comió y tomó como langosta y desde luego, no hizo el menor amago de pagar. Peralta contó historias graciosas de su época en la marina mercante. Llegué a la pensión veinte para las cuatro, con el estómago acribillado, lleno de ácidos que lo taladraban, y calculando que sólo disponía de cinco horas para dormir. Tenía citado a un alumno a las nueve y media; uno de los que dan más trabajo:

porro absoluto, cabeza cuadrada. Puse el despertador, me desvestí rápidamente y me dejé caer en la cama, como piedra.

Caminaba en compañía de una señora alta, canosa, por un jardín donde había mucha gente: niños que saltaban alrededor de nosotros, sin mirarnos; hombres de aspecto grave, parados sobre el césped, con guantes y sombreros de copa en las manos. Sabíamos que había un leopardo en el fondo del jardín, pero esto nadie lo mencionaba, como si darse por aludido fuera de mal gusto. La conversación de la señora me hacía el efecto de un bálsamo; suscitaba en mí una sensación inefable, profunda.

El canto del gallo formó parte, en el primer momento, de los ruidos del jardín. Después se desprendió de ese bullicio, creció, creció, y acabó por implantarse, exclusivo, nítido, en toda la aridez de la madrugada, en el centro exacto de los nervios sobresaltados y el gusto a medalla y el dolor de cabeza. Siguió cantando y cuando cesó no había esperanza de volver a dormir. Las ruedas del tranvía me trituraban el cerebro. Los crujidos de las tablas eran astillas que se me enterraban. Los primeros pasos en la calle. Uno que otro automóvil. El rumor de las cañerías... Cantó de nuevo y hubiera bajado a estrangularlo. Resolví hablar con la dueña. ¡No era posible! ¡Qué clase de pensión era ésa! Al fin y al cabo, si uno pagaba para que lo dejaran dormir...

Como ayer tenía el cuerpo muy malo, decidí esperar hasta hoy para hablarle a la dueña. Cuando estoy con el cuerpo malo prefiero evitar las situaciones difíciles. Anoche dormí desde las diez en punto de la noche hasta las cinco de la mañana. A esa hora el gallo me volvió a despertar. ¡Bien! Estaba dentro de lo previsto. Leí un rato, pero los nervios me impidieron concentrarme; al final de un primer capítulo de novela, no distinguía un personaje de otro, no sabía quiénes eran ni de dónde venían. Entonces me levanté y estuve contemplando el gallo en el patio; tenía curiosidad por verlo cantar: alzar el cuello y proyectarse entero en una convulsión sonora, vibrante. No hizo el menor amago; me pareció

que se negaba tercamente. Salí, pues, a dar un paseo por la placita, que no deja de gustarme. Salvo los primeros gorriones y un vagabundo tendido en un banco, no había nadie. Un carabinero se acercó, dispuesto a interpelar al vagabundo, y pensó después que no valía la pena.

Regresé a la pensión alrededor de las siete. La dueña, que daba de comer a las gallinas, me saludó de mal modo. Sospeché que el desorden de mis horas le producía irritación. "Su gallo no deja dormir", le dije. Continuó repartiendo el maíz, sin contestar. "No sé si deja a los demás, lo que es a mí. . ." Como única respuesta, sus espaldas voluminosas, inclinadas sobre el gallinero. Permanecí clavado en mi sitio, buscando inútilmente una amenaza que pudiera surtir efecto, y terminé por encogerme de hombros. ¡Qué se sacaba con hablarle! "¿Va a estar listo el desayuno?".

"A las siete y media", contestó; "como siempre".

Entré a mi pieza y preparé en el anafe un café bien cargado. Traté de reanudar la lectura, pero no fue posible. La pensión se estaba volviendo francamente hostil. A las dos semanas y media de vivir allí, se confirmaban tres inconvenientes de manera rotunda: el gallo, la dueña y el olor a comida. De todos modos, la pieza de amplias dimensiones y la placita con sus cuatro árboles y sus arbustos de mala muerte seguían siendo un consuelo

Ayer me encontré en el centro con Wilcox, un amigo de los tiempos del Pedagógico, y me contó que Judith andaba con otro. La noticia me impresionó. Más de lo que yo mismo hubiera imaginado. Creo que me puse pálido y sentí que las piernas me flaqueaban. "Es natural", dije, haciendo esfuerzos para que no me traicionara la voz; "¿qué quieres tú?"; Wilcox no me despegaba sus ojos de pájaro, de color azul grisáceo, rodeados por innumerables arrugas prematuras; estaba tratando de escudriñar, detrás de mi indiferencia aparente . . . Es soltero, camino a solterón; una novia buenamoza y rica lo dejó plantado. Ayer, bajo su falsa ingenuidad de gringo, actuaba con refinada maldad. De eso no me cabe

duda. Logré controlarme, y sospecho que Wilcox quedó frustrado. Empezó a despotricar contra los burócratas, contra los masones, contra los parlamentarios. ¡Eran insaciables: no sabían otra cosa que aumentarse la dieta y viajar por el mundo a costa del contribuyente! Le dije que me disculpara, que tenía prisa, y lo dejé con la palabra en la boca. La verdad es que la noticia había sido un mazazo en la cabeza. Medio atontado, indiferente a los empujones que me daba la multitud, apenas con los reflejos necesarios para atravesar las calles sin que me atropellaran (recibí los insultos de un chofer de taxi y de un ciclista), me dirigí a la casa de mi madre. Ella se quejó enfáticamente de las cuentas de electricidad y de almacén; trató de probar que, si viviéramos juntos, el total de nuestros gastos se reduciría en forma apreciable; yo, por fin, podría comprarme ropa; ella, una alfombra para su dormitorio. Le habían hablado de un judío donde las alfombras...

“¿Sabes?”, le dije: “han visto a Judith saliendo con otro tipo. Un abogado, parece”.

Le costó cambiar de tema. Una vez que tomó conciencia de lo que había dicho, se encogió de hombros y juntó las manos.

“Sí, pues”, comenté, interpretando su pensamiento; “¡qué se le va a hacer!”.

Ella movió la cabeza: “¡Qué se le va a hacer! Menos mal que no tuvieron hijos”...

“¡Menos mal!”.

Durante un tiempo guardamos silencio.

“Bueno”, prosiguió ella. “¡Qué quieres, también! Quizás sea para mejor. Servirá para que no te sigas haciendo ilusiones”.

“No me hago ilusiones”, protesté; “¿de dónde sacaste que me hago ilusiones?”.

Mi madre partió a vigilar la comida y yo empecé a pasear entre su salón y su dormitorio; recordaba momentos de la vida con Judith, expresiones de su rostro, frases fragmentarias, el timbre de



la voz, la risa. Trataba de imaginarla en los instantes de la unión amorosa, pero esas imágenes se me escurrían. Mi madre regresó de la cocina y nos sentamos a la mesa. Por cambiar de tema, hablé del gallo de la pensión, que me despertaba todos los días a las cinco de la madrugada. Ella habló del perro de las señoras del segundo piso; le salta encima en la escalera y le infunde pánico.

“¡Pero el gallo es desesperante! ¡Cualquiera de estas noches lo estrangulo!” Reviví el rostro de la dueña de la pensión, y el canto antipático del gallo; los amaneceres lívidos, las ruedas machacadoras del tranvía, los primeros pasos en la acera. Di un golpe en la mesa, incapaz de dominar un acceso de rabia. Alarmada, mi madre levantó la vista.

“La próxima, ¡lo estrangulo!”.

“Te he dicho mil veces”, intervino ella. “Tienes la solución a mano. Pero...”

Consideré prudente hablar de mis clases. El sitio ideal para darlas, a fin de cuentas era la pensión: tenía espacio, tranquilidad —el gallo, en el día, canta raras veces—; levantar la vista del texto de estudio y contemplar la placita procuraba un descanso...

Me despedí temprano y caminé al centro. En los lugares habituales no había nadie. Estuve largo rato haciendo hora; cuando ya desistía de esperar, encontré en la puerta del Iris al turno amigo de Peralta. Mi necesidad de compañía era grande, así que lo invité a beber una botella de vino. Conversamos de las cosas más diversas. El turno declaró que Fidel Castro había traicionado a la revolución, que se había convertido en un esclavo de la Unión Soviética. Yo no estaba de ánimo para discutir ningún asunto. Después dijo que los americanos eran unos niños chicos y que, en Europa, los únicos que valían eran los alemanes; ¡había que ver cómo reconstruyeron sus industrias! Meditaba si invitarle otra botella, convencido de que lo más sensato sería irse a dormir, cuando apareció Peralta. Llamamos con urgencia al mozo. La segunda

botella se despachó rápido. A la tercera, conté lo que había sabido de mi ex esposa.

“¡Qué esperabas!”, exclamó Peralta; “¿que te guardara fidelidad después de la separación? Las mujeres tienen las mismas necesidades que uno. Es la ley de la naturaleza”.

Para soportar esta versión tan directa de las cosas, tuve que beber mi vaso al seco. Me sentí cansado y me invadió, me penetró hasta la última fibra, el deseo de dormir, quise tenderme a dormir durante horas interminables. Veía la cresta vibrante, roja, los ojos duros, el alarido vicioso, que hubiera sofocado con todas mis fuerzas. Al final de la quinta botella, invitada por Peralta, me puse resueltamente, y contra las protestas enfáticas del turno, de pie. Tomé un taxi hasta la pensión. Abrí la puerta con sigilo y en vez de encaminarme a mi dormitorio, entré al patio.

La luz de la luna menguante, oscurecida por nubarrones grises, iluminaba débilmente al gallo, que dormía entre sus concubinas. Lo contemplé desde atrás de las rejas, lleno de embeleso. La brisa nocturna, unida a los efectos tardíos del vino, me producía un estado semejante al éxtasis. Abrí la portezuela y avancé; mis pasos no eran muy firmes, pero todas las dudas, todas las vacilaciones, las incertidumbres, habían desaparecido. Con las yemas de los dedos toqué las plumas del enemigo, casi acariciándolo. Después, suavemente, acerqué las dos manos al cuello, me cercioré de que lo rodeaban bien y apreté a todo lo que daba, pensando que la operación duraría pocos segundos. El gallo se desperezó y aleteó, primero con torpeza —creí que serían los últimos estertores—, y en seguida con un vigor frenético, que me sorprendió completamente. Como el vino me hacía reaccionar con lentitud, estuve a punto de soltarlo. Pero me repuse a tiempo y redoblé la presión, tratando de torcerle el cuello. El animal aleteaba y aleteaba; parecía flotar, y yo con él; tuve una visión fugaz de sus ojos enduccionados por una voluntad odiosa de supervivencia. Ya creía escuchar su grito de alarma.

A partir de entonces, mi recuerdo de esa escena es muy confuso. Sé que la idea de que cantara, despertando a toda la pensión, poniéndome en la evidencia más ridícula, fortalecía mi propósito. Varias veces hice un esfuerzo supremo, apelé a todas mis reservas de energías, y no logré dominarlo. Ignoro si tardé cinco minutos o tres cuartos de hora en dar cuenta de él. De lo que me acuerdo claramente es de haber botado un bulto sin vida, que se me pegaba a las manos, mientras la transpiración me impregnaba la camisa. Lancé el bulto de un puntapié a un rincón del gallinero. Creo que le tiré tierra encima. Temblando, con el corazón sobresaltado, entré a mi pieza. Poco a poco el vino recuperó su efecto y me tranquilizó. Me sumergí en la cama, por fin —eran las tres de la madrugada—, con profunda voluptuosidad, dispuesto a desquitarme de muchos amaneceres ingratos.

Soñaba con túneles, con escaleras, murciélagos, objetos húmedos, resbalosos, perdía pie, los escalones estaban podridos, travesaños podridos, agua y musgo sobre muros que no habían visto la luz, y empezaba a caer al pozo que se iba abriendo, era preciso mover los brazos, volar, pero la fatiga, de plomo, el abismo se aproximaba, me rodeaba, su cubierta negra, vertiginosamente imposible aferrarse de algo sólido, las tablas podridas caían también, la superficie del muro, viscosa, la salas pesaban, chocaban en las paredes . . . En algún intersticio del sueño se reiteraba el canto de un gallo. Se abría camino, despejaba las tinieblas. Y de pronto, otra vez, la luz cruda en la ventana, mientras el reloj del velador marcaba las cinco diecisiete minutos y el canto, desprendido del sueño, en plena realidad, se repetía con estridencia entusiasta, vigorosa, electrizante. Tardé algunos segundos en recordar la escena de la noche: la interminable lucha, el aleteo frenético, los ojos que se obstinaban, que no querían nublarse, las manos, las muñecas adoloridas; el bulto cayó al suelo, inerte; lo tiré a un rincón y lo tapé con tierra, me acordaba como si lo estuviera viendo, lo tapé con tierra, parecía un montón de trapos sucios.

Me vestí temprano y preparé las maletas. Después de las siete se escucharon pasos en la cocina. Allá me dirigí. La dueña, de espaldas a la puerta, preparaba el desayuno de su marido. Hablé atropelladamente, sintiendo que cualquier interrupción sería fatal: "Señora, no se preocupe; estoy dispuesto a pagar el precio del gallo. Salvo que siga vivo, que no haya muerto; que siga en buen estado, se entiende... Pero no me parece. Debe de haber sido otro el que cantó. ¿Hay gallos en el vecindario? Y me pasa también la cuenta de la pensión. Esta mañana me retiro".

Me miró en silencio, posiblemente sorprendida, pero sin demostrar reacción alguna. Se limpió las manos en un trapo, con toda parsimonia, y se dio vuelta. Temí que en ese preciso instante se desencadenara, tratara de sacarme los ojos. "Síntese", dijo, indicando una silla junto a la mesa de mármol. Obedecí. "¿No quiere una tacita de café?". No había modo de negarse, desde luego, pese a que mi deseo de escapar se transformaba en idea fija. Me pasó el azúcar y después, cosa inusitada, desplegó sobre la mesa tostadas, miel de abeja, un queque, un pedazo de chorizo... "Sírvase". Tenía un nudo en la boca del estómago, pero empecé a comer para no ofenderla. Los alimentos bajaban a duras penas por la garganta. "¿Sabe?", comenzó la dueña al cabo de un momento; "ese gallo no valía mucho. Además, era tan cargante. Mi marido no lo podía soportar".

Sentí que las tostadas con miel y el café con leche encontraban un camino más fácil. Hasta me dio la tentación de hincarle el diente al chorizo.

"Lástima, pues, que se vaya", dijo la señora.

"Me voy a casa de mi madre", inventé; "la pobre sufre mucho de su soledad".

"Si es así", dijo la señora, "tiene razón. Hay que ser buen hijo".

No quiso oír hablar de nuevo del precio del gallo. Me dio un fuerte apretón de manos y me deseó mucho éxito y que ojalá

encontrara a mi madre bien. Le pedí permiso para pasar más tarde a recoger las maletas y me dijo que por supuesto, que cuando quisiera.

Después caminé más de una hora, tratando de calmarme a fuerza de ejercicio, y me vine a instalar en un café de la Alameda abajo, donde no había entrado nunca. La sensación de cambiar de vida me da un placer curioso, irresistible, pero que no dura mucho (ya lo sé por experiencia). Miro la descarga de un camión cervecero, una carretela que pasa bamboleándose, cargada hasta el tope con verduras, dos monjas que atraviesan la calle, el brillo de la pintura nueva de un automóvil, con la sensación de descubrir por primera vez el universo. Después, ya lo sé, viene la costumbre. Y se llega a la conclusión de que no valía la pena cambiar: en las casas, en los trabajos, en los amigos, en las mujeres. Pero se han quemado las naves; no hay remedio. La experiencia es algo que cuesta adquirir. ¡A quién se lo dicen!

Quizás me vaya a vivir donde mi madre. ¡Total! Ha visto que me mando mudar si empieza con sus mañas. La experiencia tendrá que servirle, a ella también. Al fin y al cabo, si los dos vivimos solos, lo más lógico... Lo natural... Si empieza con sus mañas... Voy a telefonarla desde este mismo café. Le dará un gusto grande. Estoy seguro de que la experiencia le habrá servido. No empezará con sus mañas. Al fin y al cabo... La novedad dura demasiado poco... Para qué... Me acuerdo del argentino gráfico, el del escapulario sobre los pelos del pecho. Era cómico verlo meterse al mar saltando, con el escapulario que le bailaba entre la espuma y las salpicaduras y los demás bañistas. Tenía facha de mono. Exigía que lo dejaran solo con el tipo que iba a examinar; después asaltábamos al tipo para que nos contara.

Esta vez sí que sus predicciones no van a cumplirse. Al fin y al cabo, lo más razonable, si los dos vivimos solos... En realidad, es lo único razonable. Hasta la dueña tuvo que comprenderlo.

Increíble. Jamás lo hubiera creído. Pasándome tostadas con miel. Y las manos todavía me duelen por el forcejeo. ¡Cómo se resistía a morir, el bestia! Todo, en el universo, se resiste a morir. ¡Parece frase del argentino! Telefonéo ahora. “¿Tiene fichas?”. Se va a reír Peralta, cuando sepa.

